

abrazada por tantos religiosos y tantas religiosas que viven gozosos en sus pobres celdas con su Dios!

La hermosa *nada* de la senda de perfección de San Juan de la Cruz, tan temida de muchos y mal comprendida de otros, resplandece con mayor encanto en esta luz de los amores divinos aquí descritos. Se ve la *nada* transformada en puro y deleitoso amor. Parece que todo el cielo envuelve e inunda el alma que se ha puesto en esa *nada* tan temida, pero tan rica, como tesoro de Dios.

Aunque parezca ocioso recordar las tan sabidas estrofas de *El Cántico Espiritual*, quiero transcribir algunas en las cuales se ve claramente la soledad cantada por el Santo (3).

1. ¿Adónde te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huíste
Habiéndome herido;
Salí tras ti clamando, y eras ido.
3. Buscando mis amores.
Iré por montes y riberas;
Ni cogeré las flores,
Ni temeré las fieras,
Y pasaré los fuertes y fronteras.

(3) No pongo puntos suspensivos en las estrofas que suprimo, porque con la numeración marginal, ya sabe el lector cuántas dejan de transcribirse. Todas hablan o hacen referencia a la soledad entre el alma y el Amado.

4. ¡Oh, bosques y espesuras
Plantados por la mano del Amado!
¡Oh prado de verdura
De flores esmaltado!
Decid si por vosotros ha pasado.
11. ¡Oh cristalina fuente,
Si en esos tus semblantes plateados
Formases de repente
Los ojos deseados.
Que tengo en mis entrañas dibujados!
13. Mi Amado las montañas,
Los valles solitarios nemorosos,
Las ínsulas extrañas,
Los ríos sonorosos,
El silbo de los aires amorosos;
14. La noche sosegada
En par de los levantes de la aurora,
La música callada,
La soledad sonora,
La cena que recrea y enamora.
16. Cazadnos las raposas,
Que está ya florecida nuestra viña,
En tanto que de rosas
Hacemos una piña,
Y no parezca nadie en la montaña.
17. Detente, cierzo muerto;
Ven, austro, qué recuerdas los amores;
Aspira por mi huerto,
Y corran tus olores,
Y pacera el Amado entre las flores.
26. En la interior bodega
De mi Amado bebí, y cuando salía
Por toda aquesta vega,
Ya cosa no sabía,
Y el ganado perdí que antes seguía.

28. Mi alma se ha empleado
Y todo mi caudal en su servicio.
Ya no guardo ganado,
Ni ya tengo otro oficio,
Que ya solo en amar es mi ejercicio.
30. De flores y esmeraldas
En las frescas mañanas escogidas,
Haremos las guirnaldas,
En tu amor florecidas
Y en un cabello mío entretegidás.
35. En soledad vivía.
Y en soledad ha puesto ya su nido,
Y en soledad la guía
A solas su querido,
También en soledad de amor herido.
36. Gocémonos, Amado,
Y vámonos a ver en tu hermosura
Al monte y al collado,
Do mana el agua pura;
Entremos más adentro en la espesura.
37. Y luego, a las subidas
Cavernas de la piedra nos iremos,
Que están bien escondidas,
Y allí nos entraremos
Y el mosto de granadas gustaremos.

El alma atraída, arrebatada por el amor de Dios, sale rápida en busca del Amado sin que nada la detenga; le busca por montes y riberas, no entre las gentes, sino por la naturaleza solitaria y hermosa y va inflamándose más en su amor al admirar la obra maravillosa del Amado, porque toda la naturaleza es obra suya y muestra su

huella. No rechaza San Juan de la Cruz la hermosura de la naturaleza; hasta la llama su Amado: *Mi amado, las montañas, los valles nemorosos*, todo, porque es obra suya; pero no se detiene en esta belleza, sino por ella se levanta a considerar la del Amado. Si tan hermosa es la naturaleza, ¿cuál será la hermosura del Creador, su Amado?

Todo el *cántico* es eco dulcísimo de alegría, más angélica que humana, y resuena continuamente este delicioso eco en el corazón del solitario que sólo piensa, espera y busca a su Amado.

Veo yo el alma del solitario espiritual envuelta toda en deleites y nimbada de luz de cielo, ungi-da con el bálsamo del Espíritu Santo y en una exaltación de amor purísimo y de contento tan suave que inunda las potencias del alma y aún los sentidos del cuerpo, a veces, y mueve a estar alabando al Autor de tan regalado gozo.

Esta alma inflamada en amor, vive y se mueve en ansias del que ama, pero en la soledad, en el silencio de las cosas y de sí misma; sola, en la espesura de la purificación, en la naturaleza callada. Va «gimiendo por la soledad de todas las cosas hasta hallar a su Esposo en completa satisfacción» (4); «porque en la soledad se comunica y une El en el alma» (5).

(4) SAN JUAN DE LA CRUZ: *Cántico Espiritual*. Canc. 34.

(5) Idem, id.: Canc. 31.

Para encontrar el alma a Dios, su Amado, en esta plenitud de satisfacción, como la fe enseña, ha empezado a *buscarle por montes y riberas, sin detenerse a coger las flores y sin temer las fieras, sino pasando los fuertes y fronteras*, con lo que en lenguaje figurado quiere decir que empezará el ejercicio del recogimiento y de oración y mortificación para limpiarse a sí misma y poner toda su atención, sin obstáculos, en el Amado:

«De donde el que busca al Amado queriendo estar en su gusto y descanso, de noche le busca y así no le hallará; pero el que le busca por el ejercicio y obras de las virtudes, dejando aparte el lecho de sus gustos y deleites, éste le busca de día, y así le hallará... en lo cual da a entender que en saliendo el alma de la casa de su propia voluntad y del lecho de su gusto, acabado de salir, luego fuera hallará a la dicha Sabiduría divina, que es el Hijo de Dios, su Esposo» (6).

En el continuo y ansioso buscar al Amado, sin detenerse con nada, habla el alma a las criaturas por donde va pasando presurosa; todas ellas están fuera y lejos de la sociedad y del bullicio de los hombres; todas en los campos silenciosos o rumorosos y ellas forman la misma naturaleza o son moradores del cielo. Esta es la soledad criada, animada, embellecida y llena de la presencia del Amado, sin contaminación del hombre

(6) Idem, id.: Canc. 3.

manchado y toda llena por el Amado de amor divino.

Habla el alma a los bosques y espesuras; al prado de flores esmaltado, pregunta a la fuente cristalina y mira sus aguas limpias por si allí viera los ojos deseados; habla al Cierzo muerto y al Austro venturoso y todos con alegría, en un lenguaje callado y lleno de misterios y armonías, muestran las huellas recientes del que busca. Habla el alma a su misma vida y se dirige a los ángeles del cielo preguntándoles dónde está su Amado y termina dirigiéndose al mismo Dios presentándole su amor y pidiéndole se muestre ya.

No hay cuadro más vivo, más hermoso y celestial, ni más delicadamente cantado en ansia de amor, que esta soledad de amor buscando al Amor. Todas las magnificencias y todas las alabanzas y descripciones de la hermosura y divinidad de la soledad y todos los místicos amores que en ella se viven y expresaron los santos escritores de los siglos precedentes, palidecen y son como neblina ante este revivir y gozar del cielo que hace ver San Juan de la Cruz. Todo está aquí recopilado y embellecido en esencia de hermosura y de amor para saborear más dulcemente la inexpressable alegría del amor sobrenatural que el alma vive.

CAPITULO XXV

La soledad y las nadas inundan el alma de deleite y hacen de ella un jardín florido

No es posible encontrar al Amado ni se puede ser transformado en El por amor unitivo, mientras no se ejerciten y vivan con perfección las virtudes por las cuales se obtiene el desprendimiento de lo terreno y la victoria sobre los apetitos y el amor propio. En las virtudes están comprendidas la mortificación exterior e interior; por éstas se llega al perfecto recogimiento y dominio de los sentidos y de las potencias del alma.

Es necesario quedarse en vacío y sobreponerse a lo criado para que nada perturbe la quietud del alma en su amor, para que nada la distraiga del Amado y permanezca continua *la atención amorosa en Dios*.

Aún la misma oración es más profunda, más perfecta y unida cuando el Señor ha quitado los discursos y dormido la imaginación, vaciada el alma de figuras, de palabras y afectos, quedando sólo el alma y Dios, amándose sin discurso, sin imágenes, en unión perfecta. Está el alma

afianzada en la fe, guiada por la fe, puesta y sumergida en el mismo Dios a solas; empapada y metida toda en ese infinito Océano de luz, de hermosura y de todo bien.

El vacío o desprendimiento del alma de los gustos, comodidades, amor propio y de las criaturas junto con la presencia y amor de Dios, por quien todo se hace y a quien se ha ofrecido, forman la limpieza del corazón mediante la cual se ve a Dios. *Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios* (1), nos dijo nuestro Amado Jesús.

El alma vive aquí no sólo en la soledad exterior de la naturaleza, en lugares despoblados, vive sobre todo, la soledad interior, aun cuando tuviera que habitar entre muchedumbres como vivieron tantos santos apostólicos, porque libre de los descaminados gustos e intereses, ve su nada y está bajo la continua mirada de Dios ejercitando las virtudes. Sumergida en el silencio interior, no llegan a distraerla el ruido exterior ni los hombres y la sabiduría y la hermosura de Dios envuelven y transforman a esta dichosa alma haciéndola trono de la Trinidad Beatísima y cielo verdadero aun aquí mientras sobrelleva el destierro hasta que Dios se la muestre en la gloria.

(1) MATTH.: V, 8.

Está ya el alma sola, levantada sobre sí misma, como recordábamos con el Profeta Jeremías; sola, levantada sobre el techo de sí misma como leíamos en Santa Teresa de Jesús; sola como el pájaro solitario mirando hacia Dios como veíamos con las palabras de David; sola sin los gustos de tierra de los sentidos y sin las curiosidades de la inquieta fantasía, apta para recibir las ilustraciones y comunicaciones del cielo.

San Juan de la Cruz recopila en el *Cántico Espiritual* lo que había escrito en sus libros doctrinales, y pone en boca del alma de amor estas enseñanzas:

«Dice que en esta montiña no parezca nadie, es a saber: representación y figura de cualquier objeto perteneciente a cualquiera de estas potencias o sentidos, que habemos dicho, no parezca nadie delante el alma y el Esposo. Y así es como si dijera: en todas las potencias espirituales del alma, como son memoria, entendimiento y voluntad, no hay noticias ni afectos particulares, ni otras cualesquier advertencias; y en todos los sentidos y potencias corporales, así interiores como exteriores, que son imaginativas, fantasía, etc., no haya otras digresiones y formas, e imágenes y figuras, ni representaciones de objetos al alma, ni otras operaciones naturales.

»Esto dice aquí el alma, por cuanto para gozar perfectamente de esta comunicación con Dios, conviene que todos los sentidos y potencias, así interiores como exteriores, estén desocupados, vacíos y ociosos a sus propias operaciones y objetos; porque en tal caso cuanto ellos de

suyo más se ponen en ejercicio, tanto más estorban; porque llegando el alma a alguna manera de unión interior de amor, ya no obran en esto las potencias espirituales, y menos las corporales, por cuanto está ya hecha y obrada la obra de unión de amor, actuada el alma en amor, y así acabaron de obrar las potencias, porque llegando al término, cesan las operaciones de los medios. Y así lo que el alma hace entonces, es asistencia de amor en Dios, lo cual es amar en continuación de amor unitivo. No parezca, pues, nadie en la montiña; sola la voluntad parezca, asistiendo al Amado en entrega de sí y de todas las virtudes» (2).

Tan sola, tan vacía, tan levantada de sí misma ha de estar el alma para que Dios venga a llenarla y ser como su misma vida.

A este silencio, a esta quietud, a esta divina actividad y soberana luz y hermosura deleitable, guía con paso seguro San Juan de la Cruz al alma y la exhorta a entrar y gustar de frutos tan celestiales. En este silencio encontrará infinitamente más de lo que pudiera esperar o soñar y será revestida con el manto real de la paz y gozo del Espíritu Santo. En este consolador silencio se aprenden la ciencia y sabiduría sobrenatural y se bebe amor y dicha en la misma fuente que los ángeles del cielo, la cual fuente es el Verbo divino.

La oración callada, atenta, silenciosa, profun-

(2) SAN JUAN DE LA CRUZ: *Cántico Espiritual*. Canc. 16.

da que transforma y clarifica, es esta misma soledad.

Todo lo grabó el Angélico Poeta en los versos que transcribo:

Olvido de lo Criado,
memoria del Criador,
atención a lo interior
y estarse amando al Amado.

... ..

De paz y de piedad
era la ciencia perfecta,
en profunda soledad,
entendida vía recta;
era cosa tan secreta,
que me quedé balbuciendo,
toda ciencia trascendiendo.

... ..

Estaba tan embebido,
tan absorto y ajenado,
que se quedó mi sentido
de todo sentir privado;
y el espíritu dotado
de un entender no entendiendo
toda ciencia trascendiendo (3).

La soledad explicada por el Solitario de la Peñuela, y descrita en sus obras, es una maravilla de luz, de hermosura, de sabiduría y deleite de

(3) SAN JUAN DE LA CRUZ: *Coplas hechas sobre un éxtasis de alta contemplación*. (Véase toda la poesía.)

cielo, y es también medio poderoso para la conversión del mundo.

Exige ciertamente la soledad total en el espíritu, como exige la nada en el desapego para ir por su camino hasta abrazarse con la perfección; pero la soledad y nada son idénticas y preparan al alma para recibir el perfecto amor de Dios y poder ser levantada a la unión de amor con el mismo Dios. Lo que el alma deja vacío en sí quitando imperfecciones, llena Dios poniendo perfecciones. Este es principio básico filosófico y de fe en su doctrina y es al mismo tiempo la coronación de toda belleza, de toda alegría y de un soberano saber, que no puede ponerse incandescente y lucir la bombilla si antes no se ha hecho el vacío y quitado el oxígeno.

Cuando el hombre se encuentre despegado de la tierra, de sus intereses y de la presunción y limpio de la oscuridad del mundo, recibirá la luz sobrenatural del cielo y será envuelto en la infinita belleza de Dios, el cual, en su infinita simplicidad, encierra todas las perfecciones y de ellas comunica a los justos. No perturbe el alma esta paz y silencio en Dios, ni siquiera haciendo ruido en sus propios discursos o imaginaciones, sino *reciba atenta y amorosamente en silencio y quietud, la mirada y las misericordias del Señor, como la bombilla preparada luce recibiendo la corriente eléctrica.*

Expone el Santo cómo muchas almas creen

perder el tiempo y aun volver hacia atrás, cuando entran en esta oración de silencio, y aún lo creen muchos directores, y se detiene en hacer resaltar su importancia y su perfección, superior a otra oración, porque es juntamente de fe, de esperanza y de caridad.

«Porque si se hace el alma al sabor de la devoción sensible, nunca atinará a pasar a la fuerza del deleite del espíritu, que se halla en la desnudez espiritual mediante el recogimiento interior» (4).

La soledad espiritual es amar y es amor. Es amar y dejarse amar del Amor, para dejarse transformar y unir con el Amor infinito. Tiene, pues, que desaparecer el amor pequeño, humano, aunque santo, de los sentidos y fantasía, para recibir la plenitud del Amor Divino, Amor transformante, que une a Dios y no puede recibirse por discursos ni figuras, sino esperarlo de Dios en pureza de espíritu.

«El amar es obrar en despojarse y desnudarse por Dios de todo lo que no es Dios... Cuanto el alma se pone más en espíritu, más cesa en obras de las potencias en actos particulares... y así cesan de obrar las potencias, que caminaban para aquello donde el alma llegó» (5).

Cuando el alma ve y abraza su propia nada y vive recogida en lo interior en humildad esencial,

(4) SAN JUAN DE LA CRUZ: *Subida del Monte Carmelo*. Lib. III, cap. XL.

(5) SAN JUAN DE LA CRUZ: *Subida del Monte Carmelo*. Lib. II, cap. XII.

en fe, en vacío de cosas y aun de imágenes, vencidos los apetitos y negada en todo lo que no es Dios, entonces Dios purísimo e infinito la llenará de su espíritu y de sus misericordias y aprenderá el alma a amar con amor de Dios y a orar con oración de Dios y será puesta en la unión de amor con Dios, hecha todo amor. ¡Oh dichosa y bienaventurada *tal soledad*! ¡Oh sapientísima y riquísima *nada*, adonde no llegando ya perturbación alguna de las criaturas ni los remolinos de la propia concupiscencia o imaginación, ni las conmociones del amor propio, ni la polvareda de honra o fama se ha transformado en gloria, en sabiduría, paz y deleite puro y sobrehumano! ¡Oh fecundísima *soledad* donde el alma en amor callado alcanza de Dios la conversión de las almas y santidad para sus apóstoles! ¡Oh dichosas potencias las de esta alma puesta en soledad y silencio; pues vaciadas de toda escoria y libres de toda oscuridad, son esclarecidas con ilustraciones de cielo y levantadas a delicia y saber del mismo Dios! ¡Oh alma mil veces dichosa, pues muerta ya a lo que produce muerte y tristeza, te ha comunicado Dios, por maravilloso modo, en silencio misterioso, la vida y alegría sin sombras y la ciencia sobrenatural y gozosa!

¿Cómo extrañarnos de que este Doctor Místico se entusiasme con la emoción más profunda en

alabar la soledad y expresar los altísimos y abundosos deleites, «nunca oídos en Caná», que sin medida inundan del todo alma tan dichosamente así anonadada! No son frías ni ásperas, ni tristes, ni aun sombrías las *nadas* de San Juan de la Cruz, sino que se tornan, como queda dicho, en pura luz y puro deleite y gozo. El Gran Cantor de la soledad, en compañía de Dios, lo dice de mil modos:

«Dos cosas hace en esta canción el Esposo. La primera, alabar la soledad en que antes el alma quiso vivir, diciendo cómo fue medio para en ella hallar y gozar a su Amado a solas de todas las penas y fatigas que antes tenía; porque como ella se quiso sustentar en soledad de todo gusto y consuelo y arrimo de las criaturas para llegar a la compañía y junta de su Amado, mereció hallar la posesión de la paz de la soledad de su Amado, en que reposa ajena y sola de todas las dichas molestias.

»La segunda es decir que, por cuanto ella ha querido quedar a solas de todas las cosas criadas por su Querido, él mismo, enamorado de ella por esta su soledad, se ha hecho cuidado de ella, recibéndola en sus brazos, apacentándola en sí de todos los bienes, guiando su espíritu a las cosas altas de Dios. Y no sólo dice que El es ya su guía, sino que *a solas* lo hace sin otros medios, ni de ángeles ni de hombres, ni de formas ni de figuras, por cuanto ella, por medio de esta soledad tiene ya verdadera libertad de espíritu, que no se ata a alguno de estos medios.

»Y así dice:

En soledad vivía...

Y en soledad ha puesto ya su nido...

Y en soledad la guía.

»Quiere decir: en esta soledad que el alma tiene de todas las cosas en que está sola con Dios, El la guía y mueve y levanta a las cosas divinas, conviene a saber, su entendimiento a las divinas inteligencias, porque ya está solo y desnudo de otras contrarias y peregrinas inteligencias; y su voluntad mueve libremente al amor de Dios, porque ya está sola y libre de otras afecciones y llena su memoria de divinas noticias, porque también está ya sola y vacía de otras imaginaciones y fantasmas. *Porque luego que el alma desembaraza estas potencias y las vacía de todo lo inferior y de la propiedad de lo superior, dejándolas a solas sin ello, inmediatamente se las emplea Dios en lo invisible y divino y es Dios el que la guía en esta soledad...*

»Porque además de amar mucho el Esposo la soledad del alma... El no quiere dejarla sola, sino que, herido de ella por la soledad que por El tiene, viendo que no se contenta con otra cosa, él sólo la guía a sí mismo, atrayéndola y absorbiéndola en sí, lo cual no hiciera El en ella si no la hubiera hallado en soledad espiritual» (6).

En verdad, ¿quién le impide a Dios obrar sus maravillas en el alma totalmente anonadada y aniquilada y perfectamente ofrecida? Y Dios quiere mostrar que obra en esta alma tales maravillas. ¿Y cómo nos extrañaremos de que esta alma, fortalecida en su nada con las unciones de Dios, le diga las atrevidas palabras de amor:

Gocémonos, Amado,
Y vámonos a ver en tu hermosura.

(6) SAN JUAN DE LA CRUZ: *Cántico Espiritual*. Canc. 35.

Como antes, movido por el mismo impulso de amor, dice al Espíritu Santo:

Ven, Austro, que recuerdas los amores,
Y aspira por mi huerto,
Y corran tus olores
Y pacerá el Amado entre las flores.

Porque el alma en esta soledad espiritual se ha hecho huerto cerrado y jardín florido en toda virtud para el Amado y es paraíso de deleites que el mismo alma se complace en gustar y saborear, alabando al Amado que los puso.

CAPITULO XXVI

Goces y alegrías inefables de las almas en perfecta soledad

La soledad espiritual es huerto ameno y jardín florido, y este huerto y jardín son cielo, luz y armonía, porque son compañía y trato y morada del Amado. Todo lo llena El e inunda al alma de regalo, pues el alma se siente a solas con el que amaba y buscaba y se le ofrece en total entrega, viéndose ya en posesión de su deseo. *Me encontré al que adora mi alma, asíle y no le soltaré* (1).

Esta es la dichosa soledad buscada por los enamorados de Dios en los desiertos, y cuando unieron la material y la espiritual, encontraron la presencia del Amado llena de delicia y gloria. Esta es la soledad escogida por cuantos desearon ser transformados en Dios y hechos divinos en unión de amor eterno.

Cielo de inefable júbilo fue el alma de muchísimos solitarios que vivieron de modo tan maravilloso en sus silenciosas y dulcísimas soledades.

(1) *Cantar de los Cantares*, III, 4.

Cielo de amor continúa siendo el alma de tantas religiosas y religiosos, voluntariamente recogidos y casi incomunicados con los hombres, tras la renuncia de todos sus bienes, a veces muy cuantiosos, para estar sólo amando al Amado.

En estas almas hechas amor tiene el Amado sus complacencias; en estos cálices puros deposita su perfume más preciado y su vino más generoso.

Fragancia y flor de celestial sonrisa nos hace la Historia traslucir en el rostro radiante de San Antonio Abad, cuando los hombres para verle invaden violentamente su pobrísima morada; lo mismo que cuando con afabilidad encantadora se saludan por primera vez en el desierto, llamándose por sus propios nombres sin haberse previamente conocido San Pablo el Ermitaño y él.

De San Arsenio nos dicen que, habiendo renunciado a tanta honra y fama, a tantas dignidades y riquezas como poseía, estaba luego en la soledad saboreando continuamente mieles de cielo, y en su frente brillaba resplandor divino; y del Abad Moisés, transformado por el arrepentimiento de bandolero en alma solitaria, que estaba como bañado en armonías angélicas. A cuantos miraba con fijeza Santa Catalina de Sena contagiaba sus ansias de santidad y a Santa Teresa de Jesús, por su atrayente dulzura, llamaban *imán del mundo*. La soledad santa es sonrisa y misterio de dicha.

El mismo idilio de gozo y efusión nos describe

la leyenda en la primera entrevista de San Barlaam y Josafat en el desierto después de varios años de separación.

Porque la presencia y la mirada de Dios convierte en cielo estrellado y jardín florido no sólo las almas que viven santificándose en la soledad, sino hasta los mismos desiertos y claustros donde los santos viven y cantan las alabanzas a Dios, y se ofrecen en holocausto amoroso de expiación y agradecimiento.

Pero esto y que nada hay en la tierra semejante a esta alegría, en seguida lo veremos con las mismas palabras de San Juan, que son brasas de amor.

La soledad espiritual está muy alejada de los negocios y de la agitación del mundo; vive silenciosa, sonriente, mirando al cielo en amor y recogimiento, en oración callada y sacrificio abnegado; sostiene cariñosa entre sus brazos suaves la fe y el espíritu de cuantos creen y esperan; la soledad santa vivió en los desiertos y está actualmente en los claustros de los monasterios, poblados de almas virginales y pobres. En los claustros de los conventos todo debe ser amor de Dios en alabanza, en expiación, en virtudes, para ser más tarde amor de gloria y felicidad.

Los desiertos fueron antes y los claustros deben ser ahora, mansión de almas santas y heroicas; morada y templo de pureza, de plegarias de ex-

piación y ofrecimiento. Que no entren a mancharlos las almas tibias, mundanas o soberbias. Los conventos son pebeteros de Dios.

«La soledad es la mansión natural de todas las inteligencias; la soledad es quien inspira a todas... Pero la soledad, cuando es Dios quien la hace, tiene una compañera inseparable: la pobreza. Ser solitarios y pobres, he ahí el secreto de los héroes de espíritu» (2).

Si la soledad es compañía del Amado como es el verdadero retiro, es por eso mismo llenez de verdadero gozo y deleite. ¿Cómo será posible decir las delicias y exaltaciones de que el alma enamorada de Dios se siente bañada en la soledad? ¿Ni quién los sabrá expresar?

Si la soledad es compañía del gozo del Amado, como es el verdadero retiro, es por eso mismo llenez de verdadero gozo y deleite. ¿Cómo será posible decir las delicias y exaltaciones de que el alma enamorada de Dios se siente bañada en la soledad? ¿Ni quién las sabrá expresar? Porque todo lo que la fantasía más viva del hombre más cultivado y genial pueda soñar, por delicado y excelso que sea, no pasa de ser sueños de hombres, y no pueden admitir estos sueños ni la más remota comparación con las maravillosas y regaladas realidades de Dios. Sólo los que han gustado de

(2) LACORDAIRE: *Discurso de Santo Tomás de Aquino*.

ellas podrían decir algo y estos sólo han sabido repetir con San Pablo después de lo que gustó y vio en el cuerpo o fuera del cuerpo: *Ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni pasó al hombre por pensamiento cuáles cosas tiene Dios preparadas para aquellos que le aman* (3).

Algo nos dijeron alguna vez los Santos de lo que habían sentido, pero añadiendo que las palabras no correspondían al pensamiento, ni sabían expresarlo. Aun con todo se llena de admiración el corazón de quien lo lee y medita, y alaba al Señor por sus misericordias con sus siervos aquí en la tierra y piensa qué será en la realidad y qué tendrá preparado para ellos en el cielo. Así San Jerónimo, casi extenuado por las penitencias, que sabemos hacía en el desierto, también añade: «Si había algún rincón muy alto, o algún valle muy hondo, ese era mi lugar de oración y como el Señor me es testigo, después de muchas lágrimas y de tener los ojos fijos en el cielo, algunas veces me parecía que estaba entre los coros de los ángeles y con alegría y gozo cantaba: *en pos de ti correremos al olor de tus ungüentos*. (Cant. de los Cant. I, 3) (4).

«... Creed hijas, a un viejo experimentado. Si alguna vez gustasteis cuán dulce es el Señor, de El habréis podido

(3) SAN PABLO: I art. Cor., 2, 9.

(4) SAN JERÓNIMO: *Carta a Eustoquio*, n.º 7.

oír esta palabra: *Venid y mostraros he todos los bienes*. Y entonces tales cosas os mostrará cuales nadie puede conocer sino el que las ha probado.

»Sé lo que digo... y confesándoos mi ignorancia, digo que yo, hombrecillo tan despreciable y tan vil en la casa del Señor, viviendo en este cuerpo me hallé muchas veces entre los coros de los ángeles sustentándome por algunos días con la dulzura de este manjar; después de los cuales restituido al cuerpo y sabidas muchas cosas advenideras, lloraba por lo que había dejado.

»Mas cuán grande fuese la felicidad que en este tiempo gozaba, cuán inefable la suavidad que allí sentía, testigo es la Santísima Trinidad y testigos los bienaventurados espíritus que presentes estaban y testigo mi propia conciencia, la cual gozaba de tales y tan grandes bienes cuales no podrá explicar la flaqueza de mi lengua...

»No puede levantarse a la dulzura de esta contemplación el corazón lleno de negocios terrenos; sino conviene que muera al mundo y que viva y se llegue a solo Dios por santas meditaciones y deseos. Porque como dice el Salvador: *el grano de trigo que cae en la tierra, si no muere, él solo permanece; mas si muere da mucho fruto.*» (S. Ju. XII, 24) (5).

Siglos más tarde nos manifestará también San Bernardo los sentimientos que él había recibido de Dios en recogimiento, y leyéndolos no nos extrañaremos tanto de las alabanzas que leímos más atrás a la soledad; porque la soledad santa se convierte en verdadero paraíso de Angeles con lo que que allí se gusta y goza:

(5) SAN JERÓNIMO: *In Regula Monachorum*, cap. 36.

«Estando en la casa de la soledad, como el onagro solitario, y habiendo fijado mi morada en la tierra salitrosa y aspirando el aire de mi amor, se abren mis labios para alabarte y me lleno de espíritu.

»Y algunas veces, oh mi Dios, deseándote ardientemente, con mis ojos cerrados, pones en la boca de mi espíritu lo que aún no me es dado a conocer. Siento dentro de mi alma un tan dulce sabor, tan regalado, tan confortador, que si del todo me poseyera, no buscaría otra cosa; pero gustándolo mi alma, no permites que pueda darme cuenta ni con los ojos del cuerpo, ni con el sentir del alma ni aun con el entender de mi espíritu.

»Cuando lo recibo, pretendo retenerlo y discernir su gusto, pero en seguida desaparece. Devoro lo que ello sea en esperanza de vida eterna, y saboreando por largo rato el efecto de su acción, deseaba que como savia vigorosa corriera por todas las venas de mi alma hasta la misma médula para que me tornara insípidas todas las demás afecciones y quedarme saboreando solo y sin interrupción aquel sabor; pero pasa rápidamente... Por esto quisiera poder tenerlo a mi voluntad, escuchando al Señor que me dice: *el espíritu sopla donde quiere*. (S. Ju. III, 8)

»Cuando le siento en mí, no cuando yo quiero, sino cuando El inspira, todas las demás afecciones veo que son insípidas y quedan como muertas y que sólo a Ti se han de levantar los ojos, porque *Tu eres la fuente de la vida y en tu luz solamente veré la luz*.» (Salmo 35, 10) (6).

Y bien entrado este siglo veinte, casi en nuestros días, escribía en el recogimiento y silencio de su celda una Carmelita esta admiración suya:

(6) SAN BERNARDO: *Opera Omnia...* De Amore Dei, cap. IX, columna 1148. Parisiis, 1602.

«Siempre fue para mí un cielo anticipado la soledad... ¡Tan grandes bienes han venido a mi alma por esta riquísima joya de la soledad que como riquísima joya la busco con todo empeño, la deseo con toda solicitud y, cuando forzada por la obediencia la abandono exteriormente, en lo interior de mi alma procuro afianzarla mucho más. ¡La amo tanto!... No sé si ella me ha hecho gozar del cielo en la tierra. En la soledad me tocó Dios el corazón.

...En aquella mi amada soledad fue el principio de mi dicha y felicidad. En ella han seguido los grandes conocimientos de los secretos más profundos como era el estar sola; la unión más inseparable con el trato continuo, familiar y divino.

...Por todas partes que considero y miro, oh dichosa soledad, eres para mí todo el encanto y fortaleza de mi espíritu... la guarda del perpetuo silencio, asilo donde todas las virtudes toman fuerza para su perpetua práctica y ejercicio... Jesús me brinda con el gozo y posesión de ti en riquísimo cielo de mi pobre celda..., para que mucha parte del cielo trabaje en mi cielo, la celda... Dios siempre escogió la soledad para sus más especiales gracias» (7).

Y en tantas celditas pobres de muchas religiosas se muestra el Señor tan maravilloso y llena de sus gracias a las almas así atentas a El y que le esperan.

¡Qué alma tan delicadamente vibrante y armónica, con vibración y armonía de ángel, es el alma de amor sobrenatural consagrada en la sabiduría y pureza del silencio, ajena de todo ruido y atenta

(7) *Hermana Margarita del Espíritu Santo*, C. D. *Manuscrito*, págs. 10-11.

a sólo Dios! San Juan de la Cruz, que fue como la palabra inspirada de estas almas y la expresión luminosa de estos bienes que confinan con los del cielo, nos dice que no es posible encontrar figuras ni lenguaje para decir los torrentes de bienes que inundan al alma en esta soledad, cuando superados ya los apetitos y la codicia de saber y tener noticias terrenas, goza de la mirada y del abrazo de Dios en no perturbada serenidad.

Gocemos leyendo alguna de las maravillas que el Santo escribe sobre estos placeres y alegrías muy superiores a los que pueden soñarse en el mundo.

Se ha escrito que la prosa del Doctor Místico es un fracaso comparada con su poesía, tan soñadora, tan angelical, sin límites de luz y de belleza (8). En mi pobre modo de ver encuentro aún más grande a este cantor de la soledad espiritual en la prosa que en el verso, y veo más altas y plásticas ideas y aún mayor belleza sustancial en sus explicaciones en prosa que en sus poesías.

Y es en la prosa precisamente donde describe deleites, hermosuras y altezas inigualables, de las cuales quiero transcribir alguna breve muestra como prueba de la idealidad y realidad gozosa de esta vida santa del alma que se entregó a Dios en perfecta soledad.

(8) DÁMASO ALONSO.

Ya antes que San Juan de la Cruz había escrito Santa Gertrudis el suavísimo goce que sintió en sí cuando Dios la regaló con una merced de amor. Dice así:

«Sólo Vos sabéis, oh dulzura de mi vida, hasta qué punto penetró vuestra suavidad no solamente mi alma, sino también mi corazón y mis miembros, en aquella visión en la que vuestros ojos brillantes como el sol parecían colocados directamente sobre los míos...

»Sentí que salía de vuestros divinos ojos una incomparable y suave luz. Pasando por mis ojos y penetrando hasta lo más íntimo de mi ser, esta luz comenzó a obrar en todos mis miembros con una fuerza tan maravillosa, que yo no sé cómo explicarlo. Fue primero como si me hubiera arrancado la médula de los huesos. Aniquilando luego mis huesos y mi carne, hubiera dicho que toda mi sustancia no era ya otra cosa que aquel resplandor divino, el cual, jugando consigo mismo en su encanto incomparable, henchía al mismo tiempo mi alma de una gran dulzura y serenidad...

»¡Oh Creador de los astros! Yo he recibido de Vos inmensos beneficios. He recibido los dulces goces del alma, el sello de vuestras sagradas llagas, la revelación de vuestros secretos, las familiares caricias de vuestro amor. En todo esto he saboreado más alegrías espirituales que todas cuantas satisfacciones hubiera podido proporcionar el mundo a mis sentidos aunque lo hubiera recorrido de Oriente a Occidente» (9).

Y muy pocos antes que San Juan de la Cruz,

(9) SANTA GERTRUDIS LA MAGNA: *Revelaciones de Santa Gertrudis*. I parte, Lib. II, caps. XXI y XXIII.

entre las muchísimas alabanzas y admiraciones de los gozos espirituales, escribe Santa Teresa de Jesús:

«Allá se avengan los del mundo con sus señoríos, y con sus riquezas, y con sus deleites, y con sus honras, y con sus manjares; que si todo lo pudieran gozar sin los trabajos que trae consigo, lo que es imposible, no llegara en mil años al contento que en un momento tiene un alma a quien el Señor llega aquí. San Pablo dice que *no son dignos todos los trabajos del mundo de la gloria que esperamos*; yo digo que no son dignos ni pueden merecer una hora de esta satisfacción que aquí da Dios al alma y gozo y deleite» (10).

Ya dejamos trasladada la impresión y la gloria que sintió la Santa en la merced especial recibida de Dios viéndose en altísima soledad. Recordémosla:

«La gloria que entonces en mí sentí no se puede escribir ni aun decir, ni lo podrá pensar quien no hubiese pasado por esto. Entendí estar allí todo junto lo que se puede desear, y no vi nada. Dijéronme, y no sé quién, que lo que allí podía hacer era entender que no podía entender nada, y mirar lo nonada que era todo en comparación de aquello» (11).

La misma Santa Teresa decía que no había bastante con todos los tesoros del mundo para comprar una sola lágrima de amor brotada en la

(10) SANTA TERESA DE JESÚS: *Conceptos del Amor de Dios*. Cap. IV.

(11) SANTA TERESA DE JESÚS: *Autobiografía*. Cap. XXXIX.

oración con derretimiento de gozo; y dirigiéndose al Señor le suplicaba que la sacara ya del mundo o ensanchara su corazón, pues no cabía más dicha en su pecho.

Se ha mirado a San Juan de la Cruz durante siglos —hoy felizmente ya no— como algo duro, terrible, triste; *sus admirables nada*s, muy mal interpretadas, se han considerado como una exageración de negrura, de espanto, de desolación, y es, sin embargo, el escritor de más luz y el cantor más dulce de los deleites más subidos y tiernos, ni sé si se habrá escrito algo de tan íntima hermosura.

El *Cántico Espiritual* y *La llama de Amor Viva* con sus comentarios [ya he dicho que para mí mucho más sublimes y luminosos que la misma poesía], son el canto más maravilloso a la vida de luz de la soledad espiritual, de la vida íntima con Dios, limítrofe en gozo con el del cielo. Cuando el alma está ya sola, sola de lo externo y más sola y vacía de los apetitos, revueltas y movimientos internos, sola en compañía de Dios solo y a solas con El y le puede decir que su corazón

Entero para El solo le guardaba,

recibe la unción de los goces del Espíritu Santo.

Escribe el poeta místico los deleites y regalos, el júbilo y gozo que pone Dios en estas almas

que sólo han buscado su compañía, dejando todo lo demás. Porque aquí Dios las da su vida y es su amor regalado y su dicha, su contento y su dulcísima luz y el alma no cabe en sí de gozo ante tanta hermosura y bondad.

Las maravillas que de la soledad habían escrito San Basilio y San Euquerio, San Bernardo y San Jerónimo, el monje Juan y el beato Lulio, son oscuridad comparadas con los cantos de luz de San Juan de la Cruz. Aun cuando parezcan excesivas citas, voy a copiar unas páginas, porque ellas pondrán con regusto de cielo, estímulo para leer toda la obra del Santo. Sólo algunas alabanzas de las muchas y muy bellas que hace en distintos lugares:

«Y aunque no manifiesta y claramente como en la gloria, pero es tan subido y alto toque de noticia y sabor, que penetra la sustancia del alma..., porque aquellas noticias saben a esencia divina y vida eterna...

»Y le son al alma tan sabrosos y de tan íntimo deleite estos toques, que con uno de ellos se daría por bien pagada de todos los trabajos que en su vida hubiese padecido, aunque fuesen innumerables; y queda tan animada y con tanto brio para padecer muchas cosas por Dios, que le es particular pasión ver que no padece mucho» (12).

»Y al silbo de estos aires llama una subidísima y sabrosísima inteligencia de Dios y de sus virtudes, la cual

(12) SAN JUAN DE LA CRUZ: *Subida del Monte Carmelo*. Lib. II, cap. XXVI, 5-7.

redunda en el entendimiento del toque que hacen estas virtudes de Dios en la sustancia del alma; y éste es el más subido deleite que hay en todo lo demás que gusta el alma aquí...

»Así esta sutilísima y delicada inteligencia se entra con admirable sabor y deleite en lo íntimo de la sustancia del alma, que es muy mayor deleite que todos los demás» (13).

«Los olores del huerto “son en tanta abundancia algunas veces, que al alma le parece estar vestida de deleites y bañada en gloria inestimable; tanto que no sólo ella lo siente de dentro, pero aún suélele redundar tanto de fuera, que lo conocen los que saben advertir, y les parece estar la tal alma como un deleitoso jardín lleno de deleite y riquezas de Dios”» (14).

La Esposa, «viéndose puesta según la porción superior espiritual en tan ricos y aventajados dones y deleites de parte de su Amado... pide... que no la impidan, aun por algún mínimo movimiento, el bien y suavidad que goza...

»Por el ámbar entiende aquí el divino espíritu del Esposo, que mora en el alma; y perfumear este divino ámbar en las flores y rosales es derramarse y comunicarse suavísimamente en las potencias y virtudes del alma, dando en ellas al alma perfume de divina suavidad» (15).

El Amado tiene «los frutos y flores ya maduros y aparejados para el alma, los cuales son los deleites y grandezas que en este estado de sí la comunica... *Viviendo el alma aquí vida tan feliz y gloriosa, como es vida de Dios, considere cada uno, si pudiere, qué vida tan sabrosa será ésta que vive, en la cual, así como Dios no puede sentir*

(13) SAN JUAN DE LA CRUZ: *Cántico Espiritual*, Canc. 14, 5.

(14) Idem, id.: Canc. 17, 7.

(15) Idem, id.: Canc. 18, 3-6.

algún sinsabor, ella tampoco le siente, mas goza y siente deleite de gloria de Dios en la sustancia del alma ya transformada en El» (16).

«Porque estando ella (el alma) ya unida y recostada en él, hecha esposa, se le comunica el pecho y el amor del Amado, lo cual es comunicársele la sabiduría, y secretos, y gracias, y virtudes, y dones de Dios, con los cuales está ella tan hermoseada y rica y llena de deleites, que le parece estar en un lecho de variedad de suaves flores divinas, que con su toque la deleitan y con su olor la recrean...

»Pero allende de esta ordinaria satisfacción y paz, de tal manera suelen abrirse en el alma y dar olor de sí las flores de las virtudes de este huerto, que decimos *que le parece al alma, y así es, estar llena de deleites de Dios» (17).*

«Esta alma está aquí vestida de Dios y bañada en divinidad, y no como por encima, sino que en los interiores de su espíritu, estando revertida en deleites divinos, con hartura de aguas espirituales de vida, experimenta lo que David dice de los que así están allegados a Dios es a saber: *Embriagarse han de la grosura de tu casa, y con el torrente de tu deleite darles has de beber» (18).*

«Comunicase Dios en esta interior unión al alma con tantas veras de amor, que no hay afición de madre que con tanta ternura acaricie a su hijo, ni amor de hermano ni amistad de amigo que se le compare... Y está tan solícito en regalar, como si El fuera su esclavo y ella fuese su Dios» (19).

«Las comunicaciones interiores, que pasan entre Dios y

(16) Idem, id.: Canc. 22, 5.

(17) SAN JUAN DE LA CRUZ: *Cántico Espiritual*. Canc. 18, 1.

(18) Idem, id.: Canc. 26, 1.

(19) Idem, id.: Canc. 27, 1.

el alma, son de tan delicado y subido deleite que no hay lengua mortal que lo pueda decir ni entendimiento humano que lo pueda entender» (20).

Y con no menor belleza, detalle y regusto vuelve a describir el Doctor Místico en su último libro de *La llama de Amor Viva* los inmensos deleites que Dios pone en las almas que, en completa soledad y vacío, se ofrecieron a El. Trae esta soledad tales grandezas y comunica tanta hermosura y amor, que *sabe a Vida eterna*. Admiramos sus palabras:

«Sintiéndose ya el alma toda inflamada en la divina unión y ya su paladar todo bañado en gloria y amor, y que hasta lo íntimo de su sustancia está revertiendo no menos que ríos de gloria, abundando en deleites..., parécele que... está tan cerca de la bienaventuraza que no la divide sino una leve tela... Mas es tan subido el deleite que aquel llamear del Espíritu Santo hace en ella, que la hace saber a lo que sabe la vida eterna..., la hace vivir en Dios espiritualmente, y sentir vida de Dios... Así es tanto más el deleite y el gozar del alma y del espíritu, porque es Dios el obrero de todo, sin que el alma haga de suyo nada...

»En decir el alma aquí que la llama de amor hiere en su más profundo centro, es decir que cuanto alcanza la sustancia, virtud y fuerza del alma la hiere y embiste el Espíritu Santo..., dicelo para dar a entender la copiosidad y abundancia de deleite y gloria que en esta manera de co-

(20) Idem, id.: Canc. 30, 1.

municación en el Espíritu Santo siente, el cual deleite es tanto mayor y más tierno cuanto más fuerte y más sustancialmente está transformada y reconcentrada en Dios, que por ser tanto como lo más a que en esta vida se puede llegar (aunque, como decimos, no tan perfecto como en la otra), lo llama el más profundo centro» (21).

«Aunque no en perfecto grado, es, en efecto, cierto sabor de vida eterna... que se gusta en este toque de Dios... De donde la delicadez del deleite, que en este toque se siente, es imposible decirse... Y así sólo se puede decir con verdad que sabe *a vida eterna*... Y así gusta el alma aquí de todas las cosas de Dios, comunicándosele fortaleza, sabiduría y amor, hermosura, gracia y bondad...

»Y de este bien del alma a veces redunda en el cuerpo la unción del Espíritu Santo y goza toda la sustancia sensitiva y todos los miembros, y huesos y médulas... con sentimiento de gran deleite y gloria, que se siente hasta en los últimos artejos de pies y manos. Y siente el cuerpo tanta gloria en la del alma, que en su manera engrandece a Dios, sintiéndole en sus huesos, conforme aquello que David dice: *Todos mis huesos dirán: Dios, ¿quién habrá semejante a Ti?* Y toda deuda paga.

»Esto dice el alma, porque en el sabor de vida eterna que aquí gusta siente la retribución de los trabajos que ha pagado para venir a este estado, en el cual no sólo se siente pagada y satisfecha al justo, pero con grande exceso premiada...

»En este estado de vida tan perfecta siempre el alma anda interior y exteriormente como de fiesta, y trae con gran frecuencia en el paladar de su espíritu un júbilo de Dios grande, como un cantar nuevo, siempre nuevo, en-

(21) SAN JUAN DE LA CRUZ: *Llama de Amor Viva*. Canc. I, 1.

vuelto en alegría y en amor, en conocimiento de su feliz estado» (22).

«Aquí el alma, inmensamente absorta en delicadas llamas, llagada sutilmente en cada una de ellas, y en todas ellas juntas más llagada y viva en amor de vida de Dios, echando ella muy bien de ver que aquel amor es de vida eterna, *la cual es juntura de todos los bienes*, como aquí, en cierta manera, lo siente el alma... ¿Quién podrá contar la magnificencia y estrechez de tu deleite y majestad en el admirable resplandor y amor de tus lámparas?...

»¿Quién dirá, pues, lo que sientes, ¡oh dichosa alma!, conociéndote así amada y con tal estimación engrandecida?... Eres también el pozo de las aguas vivas que corren con ímpetu del monte Líbano, que es Dios. En lo cual eres maravillosamente letificada, según toda la armonía de tu alma, y aun la de tu cuerpo, hecha toda un paraíso de regadío divino, porque se cumpla también en ti el dicho del salmo, que dice: *El ímpetu del río letifica la ciudad de Dios.*»

«¡Oh admirable cosa que a este tiempo está el alma rebosando aguas divinas; en ellas ella revertida como una abundosa fuente que por todas partes rebosa aguas divinas!» (23).

En todas las obras del Doctor Místico se admira la hermosura del alma y el gozo y el entusiasmo divino en que está empapada cuando vive ya en perfecta soledad, en silencio de criaturas y totalmente ofrecida a Dios. El Padre de

(22) SAN JUAN DE LA CRUZ: *Llama de Amor Viva*. Canc. II, 21, 22, 23, 36.

(23) SAN JUAN DE LA CRUZ: *Llama de Amor Viva*. Canc. III, 5, 7, 8.

infinita bondad ha comunicado a esta alma privilegiada algo de sus misericordiosos e inefables deleites, a los cuales no hay nada comparable en lo terreno. Nunca las personas mundanas, hambrientas de gozar, pueden ni soñar siquiera tanta dulzura. Dios lo reserva sólo para estas almas heroicamente abnegadas y ofrecidas.

En esta soledad o en la sustancia de esta soledad tiene su continua morada el alma santa, en cualquier lugar donde viva, pues ha de estar desprendida de lo terreno y en trato amoroso con Dios.

Esta soledad es la esencia de la vida de los conventos, en los cuales se ocupan cuantos allí se han reunido, en amar sólo a Dios. Esta soledad han vivido y actualmente viven en sus monasterios, pobres y silenciosos, tantas almas virginales y angélicas, especialmente, según mi creencia y experiencia, monjas encerradas voluntariamente, renunciados con frecuencia grandes bienes de fortuna ocultando hermosuras fascinadoras y ofrecidas e inmoladas como víctimas de amor a su Dios en quien tienen fija su atención y a quien piden misericordia por los hombres todos. Esta soledad abrazaron vivir los religiosos santos y los verdaderos apóstoles de Dios. ¡Benditos los monasterios que la conservan siempre viva y lozana! ¡Benditos los que no permiten entre humo de mundanidad!

El silencio, la humildad y la penitencia, frutos de la oración, predicaron más elocuentemente y con mayor eficacia que los oradores más famosos, y el resplandor de la pobreza y abnegación es el más hermoso preservativo contra la avaricia y la molicie.

A vivir esta soledad santa llama el Señor a todos; llama más especialmente a sus escogidos por la vocación religiosa y sacerdotal, porque quiere poner en todos su hermosura espiritual e infundirles la sabiduría de su amor.

La puso en los santos, fieles al llamamiento. Ni soñaron los solitarios encontrar las dulzuras y luces con las cuales vieron y gustaron que Dios es sobre todo deleite. La soledad, el silencio, la atención amorosa y comunicación con Dios era su delicia. No les pesó nunca haberlo dejado todo por Dios, sino lo que tardaron en dejarlo.

La soledad íntima, espiritual, santa del alma perfectamente ofrecida a Dios, vacía ya y desprendida de las cosas y tratos terrenos, es un deliciosísimo reflejo del cielo en goces, en hermosuras, en alegrías insospechadas. No es de extrañar que San Juan de la Cruz exclame:

«¡Oh cuán dichosa es esta alma que siempre siente estar Dios descansando y reposando en su seno! ¡Oh cuánto le conviene apartarse de cosas y huir de negocios y vivir con inmensa tranquilidad, porque aun con la más mínima no-

ticia o bullicio no revuelva ni inquiete el seno del Amado!» (24).

Dichosas las almas limpias y santas, que atienden al callado silbo de Dios en el misterioso silencio de amor de soledad.

En estas almas santas y en esta envidiable soledad tienen perfecto cumplimiento las palabras de la *Sabiduría*: *porque el conocerte a Ti es la perfección de la justicia y el confesar o conocer tu justicia y poder es la raíz de la inmortalidad*. (25)

En estas almas santas y en el delicadísimo silencio, se vive la dichosa realidad que decía Santo Tomás de Aquino:

«La suma perfección de la vida humana consiste en que la inteligencia del hombre esté atenta a las perfecciones divinas... y los consejos evangélicos preparan para poder vivir con esta atención a Dios» (26).

(24) SAN JUAN DE LA CRUZ: *Llama de Amor Viva*. Canc. IV, 13.

(25) *Sabiduría*, XV, 3.

(26) SANTO TOMÁS DE AQUINO: *Suma contra los Gentiles*. Lib. III, cap. 130.

CAPITULO XXVII

Eficacia del apostolado de la vida solitaria

Bella es, según nos dicen los santos, la soledad espiritual; pero su belleza ya no parece sirva hoy más que para causar admiración, no para ser vivida ni para producir frutos en la Iglesia del Señor.

Los tiempos actuales desean flores de actualidad y frutos sazonados nuevos, modernos; necesitamos y queremos apóstoles y apostolado, y la soledad que es quietud, calma, cuidado del alma propia, parece en nuestra generación como una belleza infecunda, como río que sin provecho lleva su agua al mar. Hoy todos soñamos en el *misionerismo*, en el apostolado, en la actividad externa, en entrar en todos los lugares, tratar con todas las gentes, verlo y tocarlo todo para llevarlo todo, decimos, a Dios y santificarlo. Se predica el amor horizontal.

Está vivísimo hoy el espíritu de apostolado, y a todos se anima a la actividad, a moverse y mover a los demás sin reposo; y así resulta que la actividad moderna y la vida de soledad espiri-

tual parecen dos principios diametralmente opuestos y contrarios, como si los dos no fueran partes esenciales de la misma Iglesia y Jesucristo no hubiera vivido y mandado los dos.

Ante este continuo agitarse, más que moverse, es natural se susciten sospechas de que los que nos precedieron no supieron imprimir en los demás este espíritu apostólico ni se supo trabajar nunca como ahora por la conversión de las almas.

Toda la rapidez de los inventos actuales parece lenta para moverse y trasladarse con la celeridad que se desearía para estar presente en todas partes y, si fuese posible, al mismo tiempo, y que todo fuese actividad sin descanso y en continuo vértigo.

Y no me refiero a los que han emprendido la propagación de un apostolado socio-político, no evangélico, sino cívico-pagano, como los renacentistas difundían el greco-romano. Me refiero a los que trabajan en el apostolado evangélico, pero sólo en la actividad y creyendo lo van a hacer ellos todo. Dios no obrará por ellos solos ni conversiones ni crecimiento en las virtudes de los buenos.

Ante estas ansias de abrazar el mundo para llenarlo de apostolado surge espontánea la duda. ¿No será inútil la vida de soledad espiritual en la Iglesia en los actuales momentos, por san-

ta que haya sido y aún sea? ¿No será ella la rémora por la cual no está todo el mundo convertido a Dios? ¿No estará llamada a desaparecer como retardataria y adversa al apostolado? ¿Es eficaz en el presente y lo ha sido en los siglos pasados?

Porque si entregarse completamente en ofrecimiento a Dios, en recogimiento claustral, es retardar o, por lo menos, restar fuerzas al apostolado para la conversión del mundo, los monasterios claustrales no serán conformes al espíritu de la Iglesia, ni tendrán razón de existir, como se ha llegado a oír. Y si hoy son inútiles en la Iglesia, lo habrán sido siempre, porque se cambian las opiniones de los hombres pero el Evangelio es inmutable y de todos los tiempos.

Vamos a ver en estos últimos capítulos, muy brevemente, el fruto y la utilidad y eficacia de la soledad verdadera en la Iglesia y en la conversión de las almas. Tengo por verdad cierta que no puede darse apostolado externo sin vivir la sustancia de la soledad, ni puede haber soledad espiritual que no esté inflamada por el fuego del apostolado.

Tanto la vida activa externa como la solitaria forman una esencia y un solo cuerpo. Las dos son necesarias y han de estar unidas. Jesucristo es el alma común y la única vida de ambas vidas.

Pero sin hacer yo mío, ni aun tenerlo por verdadero, se escribe y lo dicen especialmente los predicadores del evangelio, que el mundo camina cada vez más velozmente a la apostasía y a un paganismo científico, materialista, ateo, sensual y muelle. Paganismo tanto más nocivo cuanto que nace de la apostasía de la verdad y del bien y declara el odio y la persecución a todo lo religioso, a la virtud natural y al mismo Dios.

Se dio antiguamente, y aún se da hoy en muchas naciones, culto a falsos dioses por ignorancia, pero el declarar la guerra al mismo Dios no se había conocido nada más que en la fábula de los gigantes brutales y en la soberbia rebelión de estos tiempos.

Se ha escrito, citando una muy alta autoridad (Pío XI), que el mundo estaba hoy tan mal y aún peor que en los tiempos del diluvio universal. Ya San Juan Crisóstomo escribía en su tiempo: «No son los pecados de ahora menores que en el tiempo de Noé» (1). Muy diferente es mi modo de ver. Hoy hay muchos pecados y grandes, pero también hay muchas almas muy fervorosas y muy santas en estos tiempos. No todos son malos. No está solo Noé adorando a

(1) Obras de SAN JUAN CRISÓSTOMO: *Contra los impugnadores de la Vida Monástica*. Discurso I. Versión española de DANIEL RUIZ BUENO, Madrid, 1958. B. A. C.

Dios, quedan aún entre los malos muchos justos, muy amados de Dios. Mas si fuese verdadero ese pensamiento pesimista, habría que preguntar:

¿Será falta de actividad del apostolado? ¿Esque tiene menos eficacia esta actividad y movimiento que en los siglos pasados?

Juzgo necesario tener muy presente que el apostolado del cristianismo es el resultado de la unión de todas las fuerzas vivas de la Iglesia, y son fuerzas vivas todos los miembros y todas las actividades, que se mueven o se producen por la gracia, la cual es la vida sobrenatural de las almas y de la Iglesia.

La conversión es el nacer o renacer de la gracia divina, o el brotar vida sobrenatural en un alma que estaba muerta. Llamamos propiamente conversión cuando una persona mayor pasa de la vida de muerte o de estar apartada de Dios a la vida sobrenatural y trato con Dios creyendo, practicando y amando.

La muerte, carencia de ser, no puede producir o crear la vida, ni las acciones externas pueden, de suyo, dar vida sobrenatural; Dios, creador de toda vida, es el único que puede poner la vida sobrenatural e interior en las almas, y la pone por Sí mismo o valiéndose como de medios preparatorios, de acciones vivas.

Los amigos de Dios, como participantes de su

vida por la gracia, alcanzan con su amistad la gracia de la conversión y de la perseverancia para las almas apartadas y muertas y consiguen también del Señor el aumento de la virtud en las almas buenas.

El trato amoroso con Dios da la eficacia de la vida sobrenatural. Las piedras vivas del templo de Dios clamen al Señor por las piedras muertas, dice San Agustín.

El alma viva, sin excepción, ha de estar alistada en el apostolado; es una propiedad necesaria del amor a Dios; si no lo estuviera no tendría la unión ni el amor a Dios ni recibiría la vida de Jesús.

Apóstol es el que ama y hace amar, el que, amando, alcanza de Dios la gracia y el amor para otras almas; *apostolado es contagiar de amor y de gracia*, comunicar amor, hacer amar amando, sembrar amor de Dios.

El apóstol, para encender la llama de amor a Dios en las almas, ha de llevar ya en la suya el fuego, la gracia y el amor sobrenatural, que lo ha recibido de Dios y lo ha acrecentado en el trato con El por la súplica y la expiación.

Dios, para atraer a su amor y vivificar con su gracia a los alejados y muertos, se sirve, de ordinario, de los que ya le aman y viven la gracia, y sólo por modo extraordinario y aparentemente, los trae por los que no están en gracia y por

lo mismo no están en su amor, aun cuando desearían tenerle.

El apóstol de un alma no es el que la ha movido hablando, sino el que la ha comprado. Jesucristo nos compró a nosotros, según San Pedro, *con su preciosa sangre* (2); no menciona su palabra, con ser la palabra de Jesús. Las almas se compran con la expiación de amor. El alma más amante es más expiatoria, compra más almas y es más apóstol, porque ama más.

El apostolado es amor y dilatación de amor, y no puede estar reñido consigo mismo. Sentirá ansias de superarse en amar y en extender el amor, verá que no puede ni sabe emplear todos los medios ni conseguir toda la eficacia que su deseo le presenta, ni querrá descanso con tal que Jesucristo sea amado; pero nunca estará reñido con el apostolado en las más variadas manifestaciones, ni con los apóstoles, por diversos que sean los medios de realizarlo y aun cuando parezcan, a veces, contrarios entre sí.

Cuando hay disensión, lucha o crítica despiadada entre los apóstoles, no procede del apostolado, ni aun de los apóstoles como apóstoles, sino de lo imperfecto del apóstol, de que no ha muerto a sí mismo ni se ha puesto en soledad de Dios, y un celo no perfecto le mueve a

(2) Epístola I, de SAN PEDRO. I, 19.

imponer su modo de pensar y obrar sobre los demás, pretendiendo erigirse en apóstol director y buscando más el triunfo de sus métodos que el de Jesucristo. En el jardín de la humildad no brota la hierba de la crítica despiadada y dura y menos la hiedra de la envidia o del interés.

La gracia divina y el amor de Dios establecen la amistad e intimidad con el mismo Dios. La intensidad de la amistad está en proporción de la intensidad del amor.

La intimidad con Dios es el amor de misericordia con que Dios escucha al alma para complacerla, o es la influencia que el alma tiene con Dios para obtener y alcanzar los bienes espirituales y aun temporales para sí y para las almas. Si mucho puede la amistad de los hombres para conseguir de ellos lo que se pretende y pide, más puede la amistad con Dios. Cuando Moisés pide por su pueblo, le dice el Señor: *También haré lo que me acabas de pedir, porque has hallado gracia en mis ojos* (3), que fue decirle: porque te he admitido a mi amistad, *te concedo lo que pides*; y dio la gracia del perdón al pueblo.

Toda alma santa es apóstol de Dios, ya haya establecido su morada en el mayor retiro, ya viva en la más admirable actividad. Porque la pri-

(3) Exodo, XXXIII, 17.

vanza con Dios la da el amor, y tanta será la eficacia del apostolado cuanto sea la gracia y el amor. Si un alma retirada ama más a Dios, pedirá por más almas y expiará por más almas enseñada y esforzada por la ciencia del amor, y Dios le concederá la conversión y la santificación de más almas y será mejor apóstol.

Si es un alma activa y dinámica, quien más ama y más expía obtendrá de Dios mayor número de conversiones, presentará más almas santas y será el mejor apóstol.

No son la actividad, como actividad, ni el retiro, como retiro, los que obtienen la eficacia del apostolado cambiando los corazones, sino la santidad, la gracia, las virtudes. Esto forma la amistad con Dios y da la privanza. Esta es la fortaleza y la sabiduría que enseña y estimula a procurar los medios más oportunos para que Dios sea amado por todos y sobre todas las cosas. Quien más ama, más perfectamente se ofrece, pide con más confianza, expía mejor, compra más almas y es el más perfecto apóstol.

No hay amor perfecto sin virtudes y sin entrega. En el jardín del amor de Dios no nace la envidia ni el apego a los intereses de tierra. La envidia y la codicia son egoísmo, establecen disensión y son enemigos del amor verdadero. El amor de Dios es abnegación, donación de sí, caridad y armonía. Ni la vida de apostolado acti-

vo puede estar distanciada ni decir mal de la vida retirada, ni la vida solitaria espiritual puede menospreciar la vida apostólica activa: Las dos son entrega y ofrecimiento a Dios, las dos son trato con Dios para que Dios sea amado, ambas son partes integrantes y esenciales de un mismo ser y mutuamente se completan y ayudan. Cada apóstol es una brasa y una llama de amor de Dios para incendiar el mundo en amor; fuego de la hoguera de amor que es Cristo, con quien se unen y fusionan.

Cuando el que vive una de estas dos formas desestima al que vive la otra forma, ni es apóstol ni es solitario espiritual, y tanto cuanto siente disconformidad con el prójimo, tiene de falta de virtudes, de falta de amor de Dios y de santidad, y tiene de sobra de egoísmo, de envidia y de codicia. Ciertamente, no vendrá la conversión de las almas, ni la santidad al mundo, por los que viven la disensión y la crítica. A esos no puede el Señor escogerlos para apóstoles, pues el apóstol es caridad.

Mucho se ha de cuidar que el demonio y la flaca condición humana no empujen al que profesa vida de retiro o vida de actividad a caer en extremismos erróneos y de falso celo, basados en el egoísmo o desordenado amor propio o de corporación, que es más dañino que el individual. El individual puede llegar a reconocerse y

humillarse, pero el corporativo siempre es lo bastante sutil para encontrar razones para su defensa y para no humillarse ni aun reconocer nunca su error.

El amor de Dios siempre es caridad, abnegación y humildad, y el solitario inflamado en su fuego se considera indigno de anunciar la palabra de Dios y de ser apóstol, y se une y ofrece todas sus penitencias y oraciones a los apóstoles, a quienes admira y encomienda. Su espíritu les acompaña. A su vez, el verdadero apóstol en el mundo, abrasado igualmente en el amor de Dios, se tiene por indigno de morar entre los ángeles del retiro y soledad y se encomienda en sus oraciones y penitencias confiando todas sus obras en la oración de esas víctimas santas, con las cuales vive unido en espíritu.

Así se unen y compenetran la Iglesia apostólica y la Iglesia orante y expiante, formando una sola alma, como lo son en verdad con la vida de Jesucristo en todos.

El apóstol activo admira y alaba al alma retirada y recogida en Dios en soledad y pide sus oraciones.

El alma santa y recogida en Dios, admira al apóstol activo como a un enviado de Dios, héroe y santo y no deja de encomendarle y de ofrecerse a Dios por él y por la eficacia de su apostolado.

El alma santa y el apóstol activo son la misma llama de fuego divino salido del corazón de Jesús para poner fuego de Dios en todas las almas.

El apóstol activo y el alma santa han de vivir los dos en el mismo corazón de Jesús y su mismo y único amor.